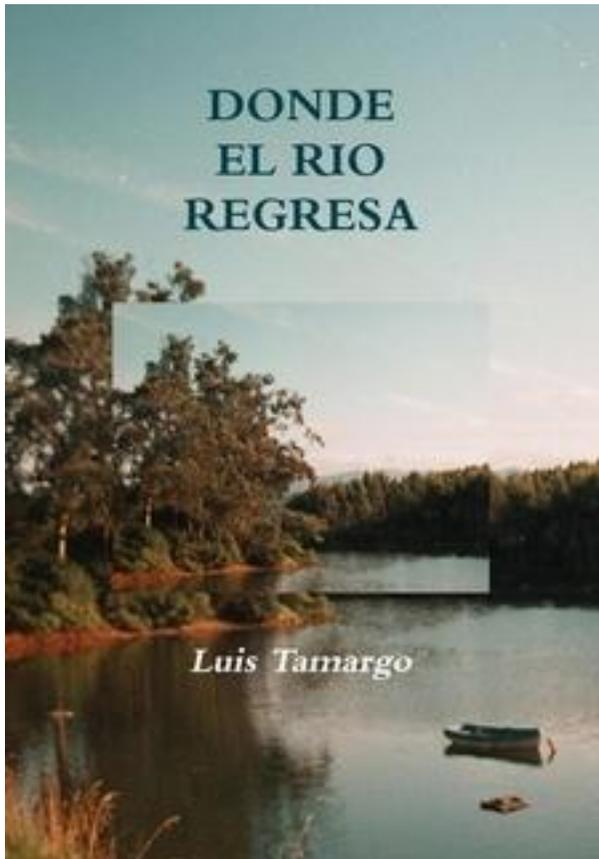


NOVELA



LUIS TAMARGO

© Luis Tamargo Alonso.

leetamargo@gmail.com

Santander, 2009.

Depósito legal.

*A ti,
en tu viaje de vuelta.*

Capítulo Uno

DIOSAS DE PIEDRA

El macizo montañoso emergía su pared majestuosa de piedra y marcaba, imponente, el final de la carretera. En el valle eran frecuentes las excursiones para contemplar tan admirable paraje, cada fin de semana se transformaba en un animado festival de vehículos, turistas o cazadores. Marlon se caló el sombrero hasta las cejas y resopló, para él aquellas montañas eran las diosas del lugar, hacía muchos años que escogió vivir a su amparo, sumergido en la frondosa ladera de su falda rocosa. Sin embargo, en esta ocasión eran los automóviles de la policía y de los periodistas los que perturbaban el habitual sueño en las inmediaciones de su cabaña.

A Marlon le pareció un tanto insolente el tono con el que el comisario se refirió a la montaña cuando le preguntó acerca del antiguo sendero que se adentraba en el bosque. Toda aquella historia del atraco y del fugado con el rehén internados en la espesura le sabía truculenta. Llevaba toda una vida a lomos de aquella cordillera, pocos como él conocían cada rincón, cada recoveco de la comarca con tanto atino, pero perderse por primera vez en aquel laberinto de riscos y simas no dejaba de ser una fatal locura. El trampero echó atrás su sombrero y escrutó la densa capa de niebla que ya ocultaba la cumbre.

-Si es cierto que están ahí dentro será la montaña quien decida...

Al comisario no le quedó clara la enigmática respuesta del trampero. Aquel fornido cincuentón desafiaba toda lógica con su estrafalario modo de vida en su cabaña al pie de la montaña, sin luz ni gas, tan sólo leña para alimentar la chimenea y ahumar las pieles que colgaban alineadas en el porche. Había oído hablar de él, en una ocasión recuperó sin ayuda de nadie toda una yeguada extraviada que se había escapado monte adentro, desde entonces se granjeó el respeto de sus paisanos. Pero el comisario no encontró el compromiso que le habían asegurado los lugareños para resolver aquel caso que colocaba a la comarca en las principales páginas de todos los noticieros.

El perseguido andaba escondido en algún rincón de aquella montaña. Después de desvalijar la sucursal bancaria a punta de fusil había

secuestrado a su hijastro de once años, antes hirió a la madre del muchacho. En su desesperada huída no encontraron mejor refugio que atravesar a pie aquella cordillera fantasmagórica. El raptor maldijo el empeoramiento climático que se sumaba a aquella cadena de desgraciadas circunstancias. La niebla se deshilachaba entre los árboles e imposibilitaba adivinar el rumbo próximo de sus pasos, además el joven muchacho tiritaba de frío y entorpecía la marcha con sus sollozos cada vez que el padrastro le empujaba a trompicones o le profería insultos amenazantes mientras le encañonaba. Sobre sus cabezas, los rebecos saltaban con agilidad entre las peñas y el hombre escudriñaba a su alrededor, inquieto, pues había que guarecerse antes de que la noche cayera. El muchacho ahogaba en cada gemido el recuerdo de su madre apuñalada y malherida, no soportaba los ataques repentinos que cada vez con mayor frecuencia acosaban a su tío y lo transformaban en alguien temible, peligroso. Esta vez, sin embargo, el calibre de la fechoría había sobrepasado todos los límites de la agresividad calculada. El joven se quejó del antebrazo después de que el padrastro lo arrastró para que avanzara, sollozó de frío y miedo. Se agachó para anudarse los cordones del calzado, pero le resultaba difícil articular los dedos. La niebla le empañaba también los ojos, sólo al levantar la vista se apercibió del impacto de la enorme roca despeñada sobre su padrastro... Hombre y piedra se sumieron en sorda caída precipicio abajo.

No fue hasta la mañana siguiente que el muchacho hizo acto de aparición en el lindero del bosque. Otra vez la cabaña de Marlon era un hervidero de agentes, la prensa acordonada disparaba sus flases al paso del joven envuelto en mantas. El comisario celebró el rescate ante los micrófonos, luego se volvió hacia el trampero:

-...No puedo agradecerle precisamente su cooperación.

Marlon no se inmutó, sin dejar de atusarse la barba, señaló hacia la cima...

-Ya se lo advertí, es ella la que decide...

Ambos dirigieron su mirada hacia las cumbres, coronadas de un halo neblinoso presidían el techo del valle. Desde su cetro de roca custodiaban una ley antigua nunca revelada, sólo conocida por las diosas del lugar...

Capítulo Dos

TUDO UN GESTO

La estrecha cercanía de las altas cumbres ayudaba a cicatrizar, de ahí que las heridas curasen pronto en Lebanes; todo tipo de heridas. Los naturales de la comarca, dotados a la perfección para sobrevivir en las alturas, eran los beneficiarios directos. Y Magdalena había nacido allí.

Durante todo el período que duró su convalecencia Magdalena no guardó otro deseo que personarse en el lugar donde había aparecido su hijo, después del secuestro. La puñalada que le propinó el loco de su cuñado no le afectó a ningún órgano importante, pero la había obligado a permanecer en un reposo absoluto durante demasiado tiempo, para su modo de ser. Si hasta entonces había maldecido su suerte, a causa de su matrimonio fallido con un campesino que se embarcó para América, sin pasaje de vuelta, y al fracaso que también supuso la convivencia con el hermano de su marido, que les había acogido y empleado en su casa, ahora parecía sonreírle por fin la fortuna con su definitiva desaparición. Una desmedida afición al juego y al alcohol tuvieron la culpa; las deudas de su cuñado le llevaron al embargo del pequeño negocio casero, hecho que acabó de nublarle el raciocinio del todo. Tratar de recuperar su dinero del banco por la fuerza no era la solución, ni tampoco chantajear y escaparse con su ahijado y sobrino, después de agredir con violencia a la madre cuando se resistió. Aquella sucesión de desatinos encadenados desembocó en un precipicio fatal, pero Magdalena abrazaba a su pequeño Lucas, liberada de penas y sufrimiento. Encontró trabajo como empleada en una quesería de la población y el joven Lucas pudo volver a la rutina cotidiana de colegio y estudios, bajo la tutela de don Ramón, el profesor que se empleó a fondo con él para limpiar cualquier huella traumática que pudiera entorpecer su natural desarrollo.

Al comisario no le pareció tan buena idea cuando Magdalena le manifestó su intención de acercarse hasta la cabaña del trampero, sabía que al “americano” no le haría mucha gracia la presencia de gente a su alrededor. Le contó que le llamaban así, pero que de su origen o procedencia no había sino especulaciones; en las poblaciones pequeñas los rumores y bulos estaban a la orden del día y, en el fondo, el comisario no podía evitar sentirse comprensivo, casi identificado hasta cierto punto con el carácter solitario del trampero. Para algunos era un inglés que había llegado en barco y se había trasladado hasta aquella comarca, atraído como tantos otros por el turismo de montaña, afición que le llevó a más, hasta integrarse entre los habitantes de la zona, perdido en el entorno. Pero otra versión menos fidedigna y un tanto escabrosa, apuntaba un origen irlandés; tal vez se adentraran en el terreno de las habladurías gratuitas al identificarlo con un huído de la justicia de aquel país, pero con su extraña actitud, al retirarse en soledad y adoptar el nombre del pueblo como propio, él mismo había contribuido al rumor infundado. Nadie había podido cotejar los datos e indagar, pero a fuerza de su mutismo acabaron llamándole igual que al pueblo, Marlon; ese era el nombre al que respondía con los pocos que intercambiaron una palabra con él. Ni siquiera el propio trampero se dio por aludido, aislado y siempre activo, a todo se adaptaba y a nadie molestaba; no había duda de que se encontraba a gusto allí. La población en Marlon se reducía a una decena de habitantes que, en invierno, se quedaba aislada por la nieve, en la falda sur de los Picos de Europa. El nombre de los Picos sí que respondía a un origen reconocido y fidedigno, debido a que las cimas blancas de sus cumbres nevadas eran la primera señal del continente europeo que distinguían los navíos que entraban por el mar, sirviendo así a los marineros de faro natural inconfundible que orientaba su viaje.

No era de extrañar que aquel hombre huraño eligiese Marlon para retirarse del mundo; además de la belleza intrínseca del paisaje, era el último pueblo a los pies del macizo montañoso, allí acababa la carretera y, para acceder a la cabaña del trampero, había que dejar atrás las últimas casas, algunas abandonadas, incluso derruidas, y trepar todavía un trecho monte arriba por una pista de tierra y roca que, unas veces el trampero Marlon y, otras el pueblo de Marlon, se encargaban de modelar y actualizar a base de palos, piedras y otros materiales de deshecho para hacerla transitable.

El comisario accedió a llevar a Magdalena y al joven Lucas hasta el lugar, no podía negarse; se conocían desde la infancia, habían nacido allí, en el mismo Lebanes, la capital de la región. Jero y Magdalena habían ido

al mismo colegio, eran de la misma edad; allí todos se sentían obligados a echarse una mano. Aparcó el todoterreno junto a la cabaña, pero el trampero no estaba en ese momento. El pequeño Lucas se entretuvo jugueteando con los cachorros de una gata blanca, de un pelaje ralo, muy delicado...

-...Una raza especial -le explicó el comisario a Magda-, requiere muchos cuidados para que el pelaje no se enmarañe y se formen nudos.

Magdalena observaba el lugar y, aunque ella había nacido en aquellos parajes montañosos, se preguntaba a quién podía gustarle vivir tan alejado del contacto humano, qué tipo de persona podía elegir aquel sitio apartado no siendo de allí. La respuesta tuvo que buscarla ella misma en la expresión hosca y cerrada del trampero en cuanto hizo acto de presencia. Apareció de improviso, de entre la espesura del bosque que les rodeaba. No saludó ni respondió a las palabras de sus visitantes; siguió con su maquina rutina de quehaceres como si nadie estuviera ante su presencia.

El trampero se agachó junto a la cesta donde reposaba la gata con sus cachorros y vertió leche en un cuenco; cogió a uno de los cachorros que trepaba para salir y lo devolvió al interior de la cesta, mientras que Lucas no cesaba de acariciarlo con suavidad. Al incorporarse, Marlon rozó con gesto amigable los cabellos del joven, que le devolvió una sonrisa entusiasta.

-Es la primera vez que le veo un detalle amable a este hombre -susurró el comisario al oído de Magda.

Todas las tentativas de obtener información del trampero resultaron fallidas. Magda trató de recabar su ayuda para acceder al lugar donde apareció el cadáver de su cuñado, pero se topó con una negativa cerrada, una actitud insociable. Tan sólo una vez el trampero se dirigió a ella para dejar patente su postura:

-...Cualquiera no puede andar por esos senderos.

El comisario corroboró su sentencia; el barranco donde habían rescatado el cuerpo despenado se encontraba en un lugar de complicado acceso que, incluso para los helicópteros, había resultado dificultoso.

-Me parece que de aquí no vamos a sacar mucho -arguyó el comisario Jero, con un guiño de advertencia hacia la madre del muchacho.

Magdalena tuvo que darle la razón, aceptando lo inexplicable. El único que parecía encontrarse a sus anchas allí era el joven Lucas, entregado al cuidado de los cachorros recién nacidos. A Magda le costó arrancarle del sitio, ante su persistencia en seguir jugando. De reojo le dio la impresión de que el trampero se sonreía, burlón...

-No le entiendo, oiga, de verdad –le espetó Magda en un tono de reproche que no quiso ocultar.

-...Él es diferente –apostilló el trampero, mientras recogía un cachorro del cesto y lo depositaba en los brazos del muchacho-. Toma, para ti, es un regalo...

Cuando subieron al vehículo el comisario contempló desde el retrovisor la figura del trampero, que seguía ocupado en su atareada actividad; a pesar del aspecto tosco que le proporcionaba su rostro barbudo, casi cetrino, pudo distinguir una sonrisa oculta, afable, casi feliz, tal vez la tranquila satisfacción de quien se bastaba a sí mismo, por sí mismo, pensó Jero, mientras ponía el motor en marcha.

Capítulo Tres

UN PACTO SECRETO

Don Ramón escuchó la historia del joven Lucas con atención, le gustaba escuchar cómo se expresaba, descubría en él una especial habilidad para relatarle las situaciones sin aflojar el hilo de una ilusión contagiosa. Lucas era un buen estudiante, evolucionaba de curso en curso y dejaba al descubierto una cierta veta literaria, casi poética, que el profesor se ocupaba en pulir y mejorar con una práctica de ejercicios y un método de entrenamiento adecuado, acorde a la capacidad y avances del muchacho. Don Ramón compaginaba su formación educativa con salidas frecuentes al campo o a la montaña; para los naturales de aquella comarca era de obligado cumplimiento conocer el entorno, los caminos de las rutas montañosas, al menos los itinerarios y accesos principales, al tiempo que servía de contacto directo con la naturaleza del medio en el que se desenvolvían sus vidas. Fue con don Ramón con quien Lucas repitió la ruta que le acercaba a la cabaña del trampero. Pero el joven Lucas ya se había aprendido el camino y más tarde fue capaz de realizarla él por sí solo, sin la ayuda de nadie. Nunca encontraba al americano, pero en la cabaña siempre se notaban señales de su paso, huellas de actividad, muestras de vida. A Lucas le gustaba ir hasta aquel lugar y sentarse a esperar; tenía la total certeza de que el trampero no andaba muy lejos y que incluso le observaba a cierta distancia, a la espera de su partida.

Nunca se había atrevido a repetir el sendero que conducía al lugar donde su padrastro le llevó secuestrado y una vez que lo intentó acabó perdido; atajó por los campos a través buscando una salida, magullado por los zarzales que tuvo que sortear en pantalón corto, hasta que reconoció la cumbre puntiaguda y nevada del pico Valdoro. No fue difícil a partir de ese momento dar con la pista que descendía hacia el pueblo; al salir al camino asfaltado se topó de frente con el trampero, rodeado de una jauría de perros que escoltaban su marcha. Lucas saludó tímidamente con un gesto de la mano.

El trampero se detuvo, mientras los perros rondaban en torno a Lucas y le olisqueaban; a un grito seco del trampero los animales se dispersaron raudos, obedientes, para congregarse de nuevo junto a él.

-...No debes tomar este camino –le dijo al joven, mientras golpeaba con un grueso bastón de avellano el firme de la pista-. Mira, ¿ves? Esta pista se asfaltó con los restos de blenda que extraían de las minas de allá arriba.

En efecto, el suelo brillaba, dejando entrever visos que destellaban al reflejarse la luz del sol.

-El calor y la blenda son una mala mezcla para los pulmones.

El trampero le mostró con el bastón el cercado que acababa de rebasar en la curva de la pista; le indicó que le siguiera. Atravesaron un gran prado de hierba alta en ligera pendiente y, dos cercados más, antes de salir a un camino de tierra apenas visible entre una alfombra tupida de helechos. Los perros les seguían en fiel procesión, los cabecillas iban más adelantados y, en trajín continuo, disputándose el protagonismo, regresaban y volvían a marchar a la carrera. Ascendieron entre la maleza, esquivando la maraña de ramas sobre sus cabezas y sorteando algunas rocas verdes, sembradas de musgo, a sus pies. Los árboles también mostraban una superficie musgosa, la huella de una humedad sempiterna que parecía ir en aumento. A Lucas se le taponó un oído, por efecto de la altura; cuando se sonó la nariz con la boca abierta escuchó con claridad el ruido del agua, potente. Al poco dieron con el regato y Lucas siguió al trampero, pisaba en la misma piedra o la misma rama en la que lo hacía el americano, hasta que aquella selva de lianas y plantas se abrió ante ellos y mostró su tesoro; una cascada limpia y refrescante caía formando un pequeño estanque cristalino, con un islote de roca y helechos en medio, diminuto, pero suficiente para albergar a dos personas; un sendero de piedras conducía hasta él, a modo de puente. Lucas siguió los pasos del trampero sin perder el equilibrio y, desde el islote, ambos contemplaron en silencio el mágico paraje que rezumaba paz y serenidad.

-El manantial nace subterráneo un poco más arriba –le señaló el trampero.

-Es un lugar precioso –manifestó Lucas, cautivado por el entorno.

-¿Te gusta, eh? Si quieres que siga siendo una maravilla de lugar tienes que prometerme que el secreto quedara entre nosotros –Lucas le miraba extrañado, nunca le había escuchado pronunciar tantas palabras juntas al trampero- ¿Te imaginas lo que sería de esto si gentes de todas partes acudieran a visitarlo?...

Pero a Lucas le había quedado claro, esta vez le entendió. Juntó las manos en forma de cuenco y las colocó bajo la cascada a imitación del trampero; bebieron un agua fresca, transparente.

-Este sitio es para nosotros, para quienes nosotros queremos, ¿trato hecho?

-De acuerdo –afirmó Lucas.
Y bebieron otro trago para sellar el pacto.

Capítulo Cuatro

QUERIDO PROFESOR

Si existía alguien capaz de encajar con la acertada expresión de un muchacho normal ese era Lucas, eso es lo que había sido siempre. Incluso esta definición quedaba mejorada con él en muchos aspectos y, sin riesgo de error, se podía afirmar que además se trataba de un muchacho excepcional.

-Excelente... –exclamó don Ramón cuando acabó de leer el texto que Lucas había presentado a un certamen periodístico de la región- Tienes fuerza.

Para un profesor de Lengua y Literatura de instituto como él eran pocas las ocasiones en que podía toparse tan claramente con unas habilidades tan cercanas al talento. Le animó en este sentido:

-Eres un hombre de letras, este curso que viene tienes que seguir conmigo –apostilló don Ramón, enarcando las cejas por encima de las gafas-. Prepararemos el examen final y luego irás a la universidad, ya lo he hablado con tu madre y está dispuesta a dejarte marchar de casa para estudiar. Pero también lo hemos hablado antes, eres tú quien tiene que decidir si así lo deseas..

-Sí, claro- Lucas no dudaba.

-He tramitado para ti una beca, que te van a conceder gracias a tus calificaciones y que te será de una inestimable ayuda para tu manutención mientras estudias fuera –planificaba don Ramón, implicándose en el proyecto-. Después, cuando acabes los estudios prepararemos juntos la tesis.

Fue un giro inesperado para el muchacho, que aún no tenía decidida la inclinación futura de sus estudios, sus intenciones habían tendido, por inercia, más bien hacia las ciencias, la biología o incluso la veterinaria, influenciado por el entorno natural en el que había crecido, pero que hallaba en las letras un destino atractivo y prometedor, más acorde a sus capacidades y características propias. Su madre acató con entusiasmo la nueva dirección que tomaba el rumbo de Lucas, ante tal acopio de halagos y promesas que el profesor le prodigaba; no podía recibir mejores augurios, bajo su tutela. Atrás quedaba el niño que tantos cuidados

requirió dedicarle y, ahora que estrenaba su mayoría de edad, Don Ramón acogió con responsabilidad de mecenas el compromiso de asesorar al muchacho y aleccionarle con ánimo templado.

Aquel año, el último curso trajo un sinfín de novedades, intensificadas aún más por la proximidad del final; los nuevos compañeros de estudio eran a la vez los últimos, una vez que atravesaran la frontera de aquella etapa de su formación y antes de iniciar otra nueva que ya se abría ante ellos. (...)

...Continúa

****NOTA: Solamente es una muestra,
pero si te interesa seguir leyendo,
contacta con el autor:***

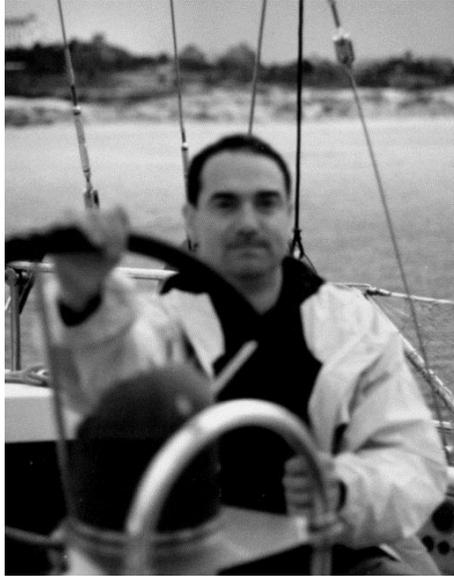
leetamargo@gmail.com

¡ GRACIAS A TI !

- INDICE DE CAPÍTULOS -

- Uno: Diosas de piedra
Dos: Todo un gesto
Tres: Un pacto secreto
Cuatro: Querido profesor
Cinco: Amigos
Seis: Amores
Siete: Caminantes
Ocho: En la estación
Nueve: Destino incierto
Diez: Nuevo comienzo
Once: Otra primera vez
Doce: Otra última vez
Trece: En la carretera
Catorce: Dirección equivocada
Quince: Más de mil perdones
Dieciséis: La frontera del sur
Diecisiete: No hay marcha atrás
Dieciocho: Hacia adelante
Diecinueve: Más arriba
Veinte: Alturas

EL AUTOR



El autor, LUIS TAMARGO, es natural de Santander, en el norte español. Documentalista clínico de inquietud literaria, publicó “Escritos Para Vivir” en 1998, su primer libro de poemas, al que siguieron “Era Un Bosque” (2004) y “A media distancia” (2006), de relatos breves. Además de su obra poética, agrupada con el título de “Poemágenes”, trabaja en la actualidad en una selección de relatos. En la novela “DONDE EL RÍO REGRESA”, la narrativa se impregna de su característico estilo y adquiere una dimensión poética emocional.

leetamargo@gmail.com

SANTANDER
2009

© Luis Tamargo.